

Los Advientos del Señor¹

1. Comenzamos esta celebración, hace un momento, bendiciendo la Corona de Adviento y encendiendo su primera vela. Un rito sencillo y hermoso que nos recuerda que estamos empezando una nueva etapa en la vida de la Iglesia y que tenemos todos que abrirnos a Cristo que viene con su luz esplendorosa a iluminar a quienes yacemos en las tinieblas de la ignorancia, del dolor y del pecado.

Este rito y la decoración que adorna nuestra iglesia, especialmente *el Nacimiento* que se aprecia en el presbiterio, nos recuerda, con emoción, que ya está próxima la Navidad. Vienen unas intensas semanas en donde el gran tema de fondo será la alegría que nos invade a todos por la conmemoración litúrgica del nacimiento de nuestro Salvador.

2. Pero es importante considerar que el Adviento en la vida de la Iglesia no se limita a la preparación de la Navidad. Este tiempo litúrgico evoca en todos los creyentes una honda expectación ante la segunda y definitiva venida del Señor. No sabemos cuándo será, pero ciertamente Jesús volverá, cubierto de gloria, a juzgar a todas las naciones. Como bellamente lo expresa uno de los prefacios de la misa. Dirigiéndonos al Padre eterno decimos: *Tú nos has ocultado el día y la hora en que Cristo, tu Hijo, Señor y Juez de la historia, aparecerá, revestido de poder y de gloria, sobre las nubes del cielo. En aquel día terrible y glorioso pasará la figura de este mundo y nacerán los cielos nuevos y la tierra nueva².*

En una de sus homilías, apuntaba Benedicto XVI³ que la palabra Adviento viene del término latino *adventus* que significa *llegada, venida, presencia*. En la antigüedad precristiana, en el contexto del Imperio Romano, se empleaba técnicamente para describir el arribo de un gran rey o emperador o, en otros casos, de un alto funcionario del Reino: emisario, ministro o embajador, a una determinada comunidad. Con todo el impacto social que esto solía tener en ella.

3. Los cristianos pronto emplearon esa expresión, Adviento, justamente para referirse al tiempo de espera, de esperanza, de expectación ante esa doble venida. La primera ya realizada históricamente en la Navidad y que cada año se *conmemora* (se vuelve a vivir) por medio de la liturgia. Y la segunda, cuando Cristo crucificado y resucitado aparezca al fin de los tiempos como gran Rey y Señor.

Es bonito recordar que nuestros primeros hermanos, tenían tanta fe en esta venida, *Parusía* la llamaban, que realizaban siempre sus reuniones eucarísticas de cara al Oriente, con la mirada clavada en el horizonte y la certeza de que en cualquier momento podría sonar con fuerza la trompeta⁴ e iluminarse el cielo como por un relámpago, de un extremo a otro de la tierra, con la presencia gloriosa del Hijo del Hombre⁵. Pues nosotros debemos

¹ Homilía Primer domingo de Adviento, ciclo B.

² *Misal Romano, Prefacio III de Adviento.*

³ BENEDICTO XVI, *Homilía 30-XI-2008.*

⁴ Cfr. *1 Tesalonicenses 4, 16.*

⁵ Cfr. *Lucas 17, 24.*

hacer lo mismo. Que al rezar cada domingo el Credo niceno-constantinopolitano fomentemos la íntima convicción *de que de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos y su reino no tendrá fin*⁶.

4. Recapitulando. Hay, por tanto, dos grandes Advientos. El primero para preparar la celebración litúrgica de la Navidad; el segundo, para mantener la expectación de la Parusía o vuelta esplendorosa del Señor. Pero yo quisiera mencionar brevemente un tercer Adviento. El que se realiza misteriosa y calladamente en cada rincón del mundo donde se celebra la Santa Misa. Una venida discreta y eficaz de la que tenemos que ser conscientes aquí y ahora. En efecto, en breve, al pronunciarse por el celebrante las palabras de la consagración, el Señor también vendrá, se hará presente entre nosotros y nos reconfortará con su gracia.

5. En cualquier caso, sea considerando una u otra de las formas del Adviento, lo que está claro es que tenemos que estar bien preparados para el encuentro con el Señor. Cristo nos lo ha recordado en el Evangelio: *Velen y estén preparados, porque no saben cuándo llegará el momento (...). Si al anochecer, a la medianoche, al canto del gallo o a la madrugada (...). Lo que les digo a ustedes, lo digo para todos: permanezcan alerta*⁷. Y velar es tanto como vivir con diligencia los tres actos fundamentales de la piedad cristiana: la oración, el ayuno y las obras de misericordia. *Oración*, en primer lugar. Estos días quizás contemplando especialmente el modo en que María, embarazada, anhelaba la llegada del Salvador. *Ayuno* o, más ampliamente, mortificación, evitando los excesos a los que nos inclina esta temporada. Por último, *obras de misericordia*, compartiendo con los que menos tienen lo que el Señor con tanta generosidad nos ha dispensado a nosotros.

En definitiva, con un nuevo empeño, mirar a Jesús y aprender de Él. Elegir lo que Él eligió, amar lo que Él amó, rechazar lo que Él firmemente rechazó. Y así, en la próxima Navidad y siempre, según proponía san Pablo, tendremos en el corazón los mismos sentimientos de Cristo⁸.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 3 de diciembre de 2017

⁶ *Misal Romano, Profesión de fe*

⁷ Evangelio, *Marcos* 13, 33-37.

⁸ Cfr. *Filipenses* 2, 5-8.